

MÁS ALLÁ DEL BORDE, UN RETO PARA EL MUNDO*

*Estudios de Física en la Universidad 'Máximo Gorki' en Jarkov, Ucrania. Arquitecto de la Universidad Nacional de Colombia con maestría en Teoría e Historia del Arte y la Arquitectura de la misma Universidad. Se ha desempeñado como profesor de Historia del Arte, Arquitectura y Urbanismo en la Universidad Nacional de Colombia, Universidad de los Andes, Pontificia Universidad Javeriana, Universidad Católica de Colombia y Universidad Jorge Tadeo Lozano de Bogotá. Actualmente es docente de la facultad de Arquitectura de la Universidad Gran Colombia. Ha prestado servicios como funcionario de la administración distrital en Acción Comunal del Distrito, Corporación La Candelaria y en el IDCT como docente de la ASAB. Es arquitecto proyectista, dibujante y poeta clandestino. Dentro de sus investigaciones se cuentan: "Espacio, realidad y creación", "La historia del arte, la historiografía, la crítica, una mirada al presente", "Arquitecturas del tiempo, poéticas de la luz", "La postciudad en el contexto de la crítica".

*Arq. David Francisco LLamosa Escobar

Pontificia Universidad Javeriana, facultad de Arquitectura, Coloquio "Injavíu", octubre de 2011, Espacio social.

Introducción

Recuerdo la canción Libre, del cantautor Español Nino Bravo: "[...] Piensa que la alambrada solo es un trozo de metal, algo que nunca puede detener tus ansias de volar [...]". Límites, fronteras, vallas, cercados, han caracterizado la historia territorial y egoísta del ser humano, desde el desarrollo de la agricultura y la institucionalización de la propiedad privada, hasta nuestros días. El espacio y su borde constituyen la abstracción humana que refleja nuestra subyacente territorialidad animal. Sin embargo, la demarcación humana dista mucho del bioespacio generado por las especies animales: la traza de olor, por ejemplo, no es propiamente un vallado. En la naturaleza, como en el paisaje, aquellos supuestos límites o linderos no existen. Los ríos, cadenas de montañas y otras incidencias naturales son particularmente "porosas". Al hacer parte de los biosistemas abiertos, en lugar de dividir, articulan e integran. Históricamente adaptado al interés humano, el borde demuestra que hemos entendido su aspecto diferencial, más no el integral. Esta apreciación restringida ha construido estados, sociedades autónomas y mundos divergentes. Los antiguos mitos relatan el primer acto de violencia relacionado con un lindero: Remo es asesinado por su hermano Rómulo por el acto de haber cruzado el surco de arado, que delimitaba el lugar de fundación de Roma. Somos una civilización que ha sacralizado el límite, enfatizando las jurisdicciones y los estratos, mas no nuestra naturaleza humana común, ni nuestro planeta común. Hemos sometido al individuo, su autonomía y su diversidad natural, a la intolerancia de un individualismo discriminador y marginante. Hemos reducido las diferencias al diferencialismo. Hemos geometrizado la realidad, pero de paso los lugares y los organismos, obstruyendo su fluidez fractal natural. Las fronteras han desfigurado nuestra esencial naturaleza migrante, tal vez aquella que se instituyó en el valle del Rift, en el sudeste de África, hace más de 80.000 años. Las divisiones políticas con frecuencia no se han correspondido con las regiones naturales, ni con el paisaje. Pensemos en el mapa de los Estados de la Unión y su particular disociación con la geografía. Los mapas de Wyoming, Utah y Colorado constituirían el ejemplo paradigmático en el territorio de una sociedad altamente segregada e individualista. No hemos edificado a favor de la naturaleza sino en oposición a ella. Con el borde filoso, excluyente de la construcción, hemos seccionado los ecosistemas y disociado las especies. Más aún: territorializando el territorio físico, hemos desterritorializado el territorio social. De esta forma, la imposición del artificio y la desarticulación sistemática de la dinámica de los flujos naturales ha generado, en el presente, la respuesta negativa del planeta hacia la vida. No hemos entendido la realidad corporal porosa de la naturaleza, pero tampoco la nuestra.

Razón tenía Newton al decir cómo los hombres habíamos levantado muros, pero muy pocos puentes. Recordemos la buena arquitectura que, como una tercera piel, exuda, respira y se integra al medio ambiente. El muro debe envolver; sí, pero a la vez debe ser envuelto. Aprendamos la lección de maestros como Frank Lloyd Wright, quien con su obra Falling water house (1935) nos pone a dudar acerca de los límites que existen entre la arquitectura y la naturaleza.

La historia de la muralla, desde la construida en China, a la de Adriano en el norte de la Bretaña romana y la que bordeaba a Constantinopla, al muro de Berlín, constituye la historia de la escisión

Resumen

Históricamente hemos entendido el aspecto diferencial del borde, mas no el integral. Esta apreciación restringida ha construido estados, sociedades autónomas y mundos divergentes. Somos una civilización en la que se ha sacralizado el límite, enfatizado las jurisdicciones y los estratos, pero no nuestra naturaleza humana común, ni nuestro planeta común. No hemos edificado a favor de la naturaleza sino en oposición a ella. Con el borde filoso, excluyente de la construcción, hemos seccionado los ecosistemas y disociado a las especies. Se requiere entonces un diseño de estrategias que conduzcan al establecimiento y restablecimiento de relaciones positivas entre los organismos y la cultura del lugar. Mediante una arquitectura que lidere la humanización del borde se repondrán los flujos naturales y sociales. Esto lo demanda el planeta, el momento histórico y la sociedad en su conjunto.

Palabras clave

Borde, límite, articulación, paisaje, fluidez, fractalidad.



de los mundos, pero también el testimonio de su colapso. Parece ser que además del divorcio representado en el cercado y el muro, existe el significado que adquiere su ruina o su estruendosa caída. La verdad es que donde hubo exclusión o agresión siempre habrá un muro que las recuerde. Tengamos presente, cómo la concertina, el alambre de púa, el reflector y la reja se utilizan hoy tanto en los penales como en la propiedad privada. La diferencia reside tan solo en el carácter de coerción o de disuasión. Alguien decía que donde hubiera más rejas, habría menos democracia. Tal vez, el primer artista que intuyó el mundo moderno como una cárcel infinita fue el arquitecto y grabador italiano del periodo neoclásico, Giovanni Battista Piranesi. En su serie Carceri de 1760 prefigura la inmensa soledad y la opresión de que somos víctimas los hombres que habitamos el inmenso laberinto del presente.

Más allá del espacio, hemos proyectado el espacialismo y sus aristas, que no la espacialidad y sus significados, al fenómeno del tiempo y de

Bogotá Fractal

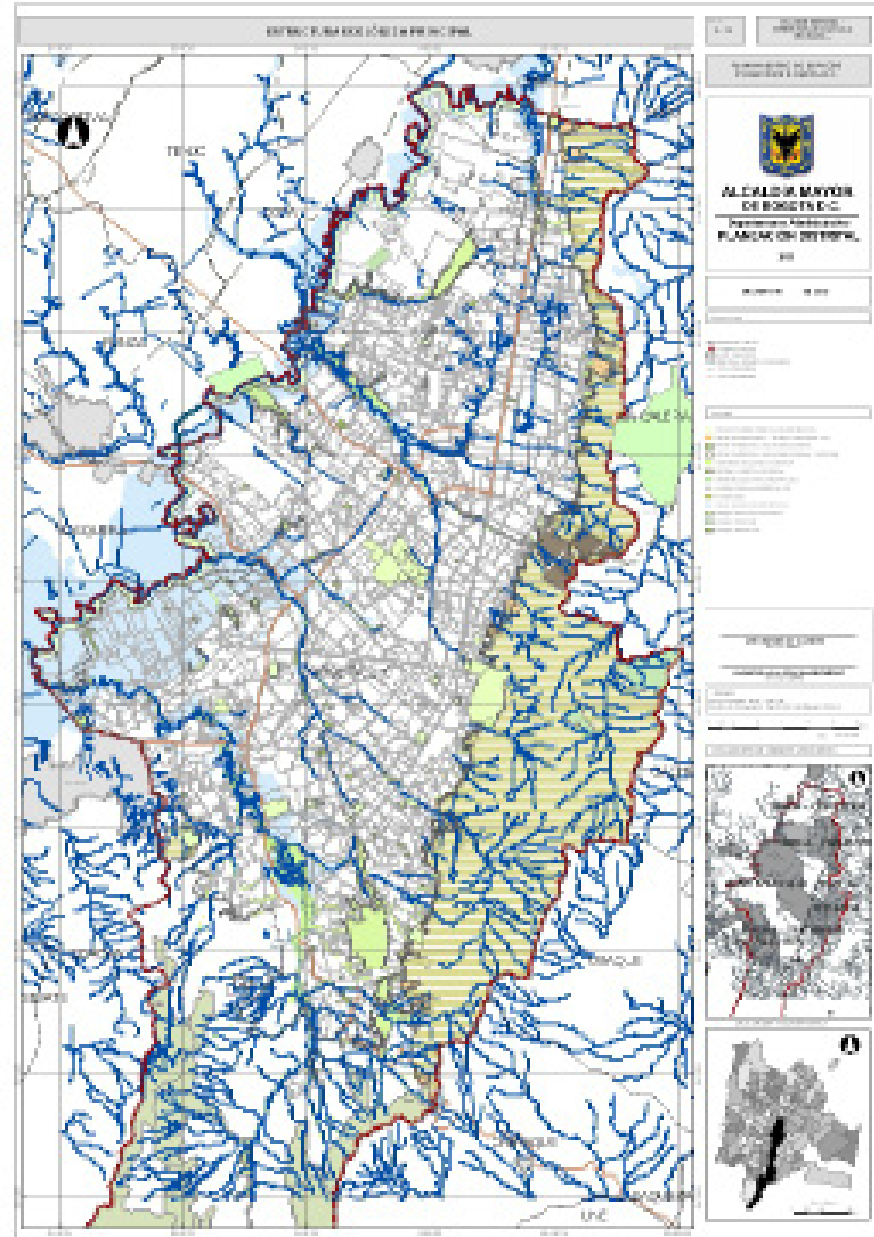
la historia. El tiempo, ya sabemos, admite capilaridades, filtraciones, que no comprende la concepción Platónica del tiempo como "una cierta imagen móvil de la eternidad" (Platón, 37d). Hoy, en el presente, hemos arribado al futuro. Lo demuestran el fin de las utopías y el acercamiento a la consumación de la idea de una realidad sectorizada y estratificada. Debemos entonces pensar, con base en la experiencia, en lugares más que en espacios, en la temporalidad y en su lección de significado y de sentido, que en el tiempo cronológico y sus dictámenes productivos. Es característico de lo civilizatorio el tagliare¹, la espacialización del tiempo, pero de lo cultural, la tendencia hacia la temporalización del espacio, hacia las duraciones, hacia la admisión de la realidad en un sentido orgánico. A pesar de la dictadura del

¹ Del italiano tagliare, 'cortar'.



presente, debemos fomentar en las ciudades el flujo diverso de los tiempos.

El mundo contemporáneo, en particular, tanto en lo físico como en lo espiritual, parece impelernos hacia el rompimiento de los límites y hacia la conciencia de la inutilidad de las fronteras. A pesar del apartheid xenofóbico impuesto en la eurozona, de la rigidez de la frontera norte mexicana, del oprobio del muro de Rafah o el de Cisjordania, la reacción de los pueblos al cercenamiento social resulta hoy incontrollable. Los recientes levantamientos en cadena de los países Árabes son una lección de los actos a los que puede llegar la civilidad en su afán democrático, pero también la evidencia de la permeabilidad que poseen las fronteras nacionales. Eludiendo las demarcaciones abstractas, el ciberespacio, las redes sociales y la economía globalizada funden muros y hacen fluidos los límites, involucrando incluso a las regiones más aisladas y marginales del planeta. Así, en la partícula local reside el globo, y en este, de forma importante, discurre lo local. Son estas las afectaciones propias de un mundo en implosión, que tiene como escenario a un planeta de diámetro constante. Consecuencia de ello se impone en el presente, si no la democracia social estatuida, por lo menos la que induce el predominio de los flujos. La defensa de la fluidez de lo público y de sus espacios no es otra que la defensa de la integridad del hombre mismo. Recordemos que el cuerpo social de los humanos, al igual que muchas colectividades animales, posee características de flujo rizomático (Gilles-Deleuze y Guattari, 1998) con borde integral. Deborah M. Gordon, de la Universidad de Stanford, afirma que las hormigas no son inteligentes, pero los enjambres de ellas sí. De forma análoga, en su afán por la supervivencia, el individuo humano resulta un tanto incompetente, con relación a lo que puede





lograr la colectividad. El borde, en consecuencia, debe garantizar el flujo y a la vez enfatizar su carácter heteronómico sobre el autonómico.

Tengamos presente cómo las ideologías y los fanatismos religiosos, haciendo honor al límite, han disociado y dividido. Sus saldos de violencia les han hecho perder vigencia histórica como motores del cambio. Sabemos cómo en toda ideología y en todo credo que se ideologiza hay un principio de división; pero sabemos también cómo en toda división existe un principio de enemistad y de conflicto. ¿Por qué no hemos de seguir la ejemplaridad del arte, que a través de su magia, integra y dignifica? Representando la sostenibilidad espiritual de nuestros tiempos, el arte logra lo que no hacen las sectas, las cofradías, ni los partidos, en sus pretensiones mesiánicas. Como lo ha hecho siempre, el arte fomenta el diálogo entre las épocas, pero también la convergencia y la identificación de los pueblos y culturas. Pensemos en el puente emocional que significaron los conciertos de 2008 de la filarmónica de Nueva York en Pyongyang, Corea del Norte, y el de "Paz sin fronteras", organizado por el cantante colombiano Juanes

en la frontera colombo-venezolana. Por encima de los radicalismos políticos, nos permitimos amar la música, para luego abrazarnos. La música, se ha observado, tranquiliza las fieras. El arte hace emerger y vuelve protagónica nuestra naturaleza esencial. Tengamos presente cómo el movimiento FLUXUS, o flujo, liderado por Joseph Beuys, hacia los años sesenta del siglo XX, plantea la disolución del arte en lo cotidiano. Mediante un nomadismo característico, el volumen total del lugar comprende todos los desplazamientos y todos los flujos posibles. La libertad permea así la realidad en una inédita relación.

Aprendamos del principio elemental de la puerta, de la ventana, de la plaza, que, como la articulación anatómica, vale decir, el tobillo, la rodilla, o el codo, divide en términos de su función, pero de forma simultánea, integra en su organicidad. No existirían la arquitectura y la ciudad sin las articulaciones. Escuchemos a Bruno Contardi, en el prólogo del libro de Giulio Carlo Argan, Historia del arte como historia

de la ciudad (Argan, 1980), en el que cita a Georg Simmel, para hablar de la génesis del lugar:

La puerta representa de modo decisivo la forma en que el separar y el unir son solo dos caras de un mismo e idéntico acto. El primer hombre que levantó una puerta amplió, como el primero que construyó un camino, el poder específicamente humano frente a la naturaleza, recortando una parte de la continuidad y la infinitud del espacio y conformándola en una determinada unidad según un sentido (Brücke und Tür).

Separando y uniendo, el hombre determina la existencia de la forma: a este lado el espacio finito (delimitado), construido; al otro, la infinitud (ilimitada), extensión no determinada del continuum. La puerta que genera espacio y forma (y también un tiempo diferente, como intuyó Bachelard y demostró Le Goff) es el límite que pone el hombre entre lo natural y lo artificial o, mejor, entre lo natural y lo artefacto [...]

Pensemos en el asentamiento complejo², dialógico y holístico, que podría derivarse a partir de las dinámicas naturales. La ciudad y la cultura moderna en general se encontraron en crisis, a partir del espacio sobrediseñado, pero sobre todo desde la caducidad de la idea de proyecto. El proyecto, desde la época del Renacimiento, ha sido presidido por el idealismo exacerbado, que presupone el sometimiento de lo natural a la dictadura de las abstracciones. Hemos impuesto a la ciudad el sintetismo propio del laboratorio. Nos hemos olvidado que la ciudad, como la vida, la construyen los acontecimientos, y no las operaciones. Las ciudades ideales ya no las necesita el mundo. Debemos reemplazar la dictadura del concepto, por los significados y la democracia derivada del lugar. Tengamos presente que la arquitectura de la ciudad ha estado comprendida desde siempre por la arquitectura del lugar, en conjunción con la arquitectura construida y la arquitectura de lo social. Aldo Rossi observaba en su ya clásico libro de 1968, *La arquitectura de la ciudad* (Aldo, 1982), cómo los elementos primarios caracterizaban lo urbano, el tejido residencial y el espacio público, pero también cómo la relación particular entre la res pública y la res privada determinaban, incluso desde la antigua Roma, la armonía y la belleza de la ciudad.

Bogotá, por ejemplo, fue construida de forma transversal, al flujo de las cuencas hídricas, obstruyendo su afluencia al río Bogotá y provocando en temporada el represamiento de las aguas, con las consecuentes inundaciones. Las prácticas urbanas asociadas a los ríos San Francisco, San Agustín, Fucha, Tunjuelito y Juan Amarillo, para solo hablar de los más importantes, se han convertido en cloacas, desapareciendo su importancia fluvial, ambiental y paisajística. Por otro lado, la deforestación, resultado de la construcción sobre la ladera de los cerros, ha erosionado el terreno de tal forma, que hoy no ofrece seguridad alguna para las viviendas ni para sus habitantes. Descuidando las áreas apropiadas para ello y contrariando la lógica de la planificación, la ciudad se ha edificado sobre las áreas de terreno cultivable y de alto

nivel freático. Se han invadido de forma abusiva las zonas lacustres, contribuyendo a la extinción de la fauna ciudadana. Se construyeron vías como la autopista norte, sobre el humedal de Torca y Guaymaral, cercenando el pulmón y el flujo natural comunicante que poseía la superficie aluvial. Son claros los efectos de la desecación histórica de las lagunas que, como la grande del Tintal, ha sido fraccionada y reducida por la acción de la construcción, en lo que hoy constituye el humedal del Burro. De 50.000 hectáreas de los humedales originales, hoy solo quedan 675. Dentro de un sentido puramente decorativo, se sembraron especies de árboles no nativas, que no han servido de alimento a la avifauna, y que de forma negativa han causado pérdidas en el entorno urbanizado. En contraste con la arquitectura tradicional, logró, a través de articuladores como el andén, el zócalo, el alero, el gabinete y el zaguán, dialogar con la topografía y con el entorno natural, generando espacios públicos idóneos para la práctica cultural; mediante la construcción moderna se atomizó a la población, se redujeron los espacios públicos a los espacios residuales que dejaban las construcciones y se aniquilaron sistemáticamente los valores escénicos del paisaje, reproduciéndolos en la arquitectura propuesta, con un alto grado de pobreza. Pero además del divorcio de lo natural y de la sana urbanía, la Bogotá moderna se afirmó en la segregación social, que enfrentó el norte opulento con el sur deprimido.

La perspectiva de recuperación que hoy emprende Bogotá, sobre los errores de la planificación y la falta de conciencia de la ciudad como un territorio natural y social, deberá, en un esfuerzo sostenible, concebir su crecimiento no en la cantidad sino en la calidad. Para hacerlo deberá restablecer e incentivar mediante adecuadas intervenciones, el flujo del organismo-lugar, interrumpido por el borde diferencial del artefacto moderno. Tendrá que trabajar por una escala acorde con la percepción del habitante, por una ciudad incluyente, solidaria, y con alto grado de apropiación. Los estratos y la división por localidades y UPZ podrán utilizarse en la administración, pero es claro que segregan a la población. Es en la apropiación ciudadana de los espacios públicos y patrimoniales, donde verdaderamente se construye el sentido de ciudad. La experiencia enseña que los espacios apropiados por las comunidades disuelven límites, generando identidad y vínculos afectivos entre la gente. Alguien afirmaba que la gente con su inventiva y creatividad supera con frecuencia las predicciones de los estudiosos y planificadores más especializados. Recordemos que la ciudad en la práctica no resulta siendo lo que objetivamente es, ni lo que los administradores, urbanistas y arquitectos piensan de ella. La ciudad es lo que la gente percibe, imagina y cree que es. Así, mediante una arquitectura que lidere la humanización del borde, se restablecerán los flujos naturales y sociales. Esto lo demanda el planeta, el momento histórico y la sociedad en su conjunto.

Se estima que para el 2060, más o menos el 85% de la población humana vivirá en ciudades. ¿Cuál será entonces el futuro de ellas, pero cuál el de su ambiente natural asociado? Recordemos que la protección animal, la de la flora y la del medio ambiente en general

2 Hablamos de complejo en el sentido de Edgar Morin (1990).



constituyen en esencia la protección del hombre mismo. Debemos entonces, como imperativo, extender nuestra civilidad a las especies y a la flora urbana que nos acompañan. ¿Por qué no hacer efectivos desde ahora la permeabilidad de los cruces, tan conflictivos para la movilidad urbana, pero tan catastróficos cuando se trata de las especies animales? Los túneles para el cruce de los sapos y otras especies

son ya una práctica en la construcción de carreteras en los Estados Unidos, Noruega y Australia.

Un problema acuciante que se debe enfrentar hoy es el de las grandes cuencas hídricas. Ejemplos de ellas, las de los ríos Rin, Danubio y Nilo. Desde tiempos inmemoriales han constituido la unidad nacional que presupone su paisaje, su oasis longitudinal, su ecosistema y su importancia histórico-cultural. Pero debido al desbalance climático global y a las divisiones de que han sido objeto por el trazado fronterizo, hoy su supervivencia son amenazadas, al igual que los biosistemas que dependen de ellas. Los ríos, como el planeta, demandan ante todo, para su preservación, el entendimiento de su organicidad y, por ende, mancomunados esfuerzos transnacionales. Pensemos en la responsabilidad que tienen países como Brasil, Perú, Ecuador y Colombia, en la protección de la cuenca amazónica para el futuro de la biósfera.

La arquitecta colombiana Luisa Sánchez diseñó en 2006 un asentamiento alternativo para el estado de Vargas, Venezuela, caracterizado por la periodicidad catastrófica de su régimen de lluvias³. Es una propuesta a favor de la arquitectura, pero también a favor de la naturaleza, que contempla a nuestro juicio la dinámica fractal, derivada de la naturaleza y de sus ciclos. Las formas fractales, como sabemos, no constituyen un repertorio clásico al que se puede acudir de forma sistemática, como patrón de diseño. Estas son más bien el resultado, o el aspecto visible, de fuerzas naturales subyacentes. "Las nubes no son esferas, las montañas no son conos, las costas no son círculos, y las cortezas de los árboles no son lisas, ni los relámpagos viajan en una línea recta", decía Mandelbrot (1982) (Mandelbrot, 1982). Debemos, a nuestro juicio, tenerlas en cuenta dentro de las soluciones sostenibles, que comprenden la intervención en el entorno natural y artificial. Observemos los meandros de los ríos, los bordes vegetales, los ciclos de los temporales, las variaciones de la luz, la labor de los vientos y las migraciones animales que, con sus características rizomáticas y con sus formas fractales, manifiestan el caos natural.

Es tiempo de que cuestionemos ya la institución Griega que impuso el kósmos (cosmos) u orden artificial sobre el caos (caos) natural. Debemos, como estrategia de intervención, crear armónicos entre las turbulencias creadas por nuestra presencia, por cierto, cada vez más perturbadora y las inherentes a la naturaleza. Nótese que no hablamos de diseño sino de intervención en lo natural. No es nada nuevo, pero esta vez a escala global, poner en diálogo las formas de la naturaleza, con los pensamientos y las poéticas que provienen del acto de habitar.

Recordemos que nuestras diferencias con el otro terminan con la muerte. Nuestras más caras posesiones, incluido nuestro cuerpo, que defendemos y protegemos con tanto celo, nos han sido dados tan solo en calidad de préstamo. No es explicable entonces tanto lindero, tanta privatización generalizada y tanto abismo social, en un mundo que, como el actual, se pauta por lo público y por los afanes colectivos.

³ Referencia a la exposición "Reorganizaciones materiales" realizada en la Alianza Colombo-Francesa de Bogotá en 2007.

El espacio público global demanda la fluidez global de lo público, y esto aplicado tanto a la telepresencia como a los espacios físicos asociados. Entonces, ¿por qué no cambiar la lógica que rige nuestras vidas? Cambiemos el “o” exclusivo por el “o” inclusivo. (p o q, implica p y q, dice la lógica).

Derribemos la odiosa reja, el muro de la infamia, la cárcel que nos hemos impuesto. Pensemos que la aparente protección que brinda el muro, podría conducir a la autodestrucción espiritual. El ideal de la canción Imagine, de John Lennon (1971), “Imagine there is no countries/ it isn’t hard to do/ You may say I’m a dreamer/ but I’m not the only one/ I hope someday you join us/ and the world will be as one/ Imagine all the people/ sharing all the world [...]” (Imagina que no hubiera países, no es muy difícil de hacer. Tú podrías decir que soy un soñador, pero no soy el único. Espero que algún día nos reunamos y que el mundo sea uno solo. Imagina a toda la gente compartiendo el mundo), se reafirma en su llamado con el de The wall (1979 de Pink

Floyd: “we don’t need no thought control, All in all it’s just another brick in the wall [...]” (No necesitamos el control del pensamiento, al fin y al cabo será, otro ladrillo en el muro).

Con todos nuestros actos construyamos un mundo fluido, pero al mismo tiempo permitamos la actuación de la fluidez de lo natural. Contribuyamos, tanto en lo social como en lo físico, a la creación de una cultura global del puente, a una cultura de la fluidez. Hagamos de esta humanidad una humanidad planetaria, alfabetizándola con actos de ósmosis espiritual. Esto implica una modificación en nuestras relaciones con el espacio pero también con el tiempo. Implica una innovación desde la teoría, y desde el pensamiento de la ciudad. Requiere un diseño de estrategias que conduzcan al establecimiento y restablecimiento de relaciones positivas entre los organismos y la cultura del lugar. Implica una pedagogía del borde y una formación proyectada hacia el futuro. Tengamos en cuenta que al final todo se resume en el sencillo acto de equilibrio entre el amor y el respeto: amor sin abuso y respeto sin agresión.

